



GRAAT On-Line issue #20 – November 2017

La mascarada de la masculinidad: *Boquitas Pintadas* de Manuel Puig

Jordi Medel-Bao

Université Lumière-Lyon 2

Empezaremos nuestra propuesta reapropiándonos y parafraseando la afirmación de Simone de Beauvoir en *Le deuxième sexe*: “no se nace hombre se llega a serlo” en la que la autora critica todo razonamiento esencialista.

A priori queremos puntualizar, brevemente, dos nociones clave para nuestra reflexión: mascarada y masculinidad.

En primer lugar, empezaremos por definir el concepto de mascarada: la primera en utilizarlo es Joan Rivière, en su artículo *La féminité en tant que mascarade*¹ retomando la expresión utilizada por una de sus pacientes “la máscara de la feminidad”, que designa el primer retrato clínico de la mascarada: una mujer se comporta como un “hombre” como paso previo para hacerse reconocer en tanto que mujer.

Como punto de partida Joan Rivière enuncia: “que las mujeres que aspiran a una cierta masculinidad pueden revertir la mascarada de la feminidad para alejar la angustia y evitar la venganza que temen por parte de los hombres”². Hacerse la mujer o revestir/adoptar tal apariencia podría disimular una posición masculina, una posición fálica y hacer espejo/espejar a la angustia.

Rivière en su artículo, con una precisa agudeza clínica, propone la pregunta de cómo distinguir “la verdadera feminidad del disfraz”. De hecho, la autora no mantiene que exista tal diferencia, sino más bien que la feminidad es utilizada más como un medio para evitar la angustia que como modo primario de disfrute. En nuestra opinión el verdadero desafío/reto de la mascarada, de “ce trompe-œil”, de esa “mentira” sería una defensa contra la angustia.

Aunque consideramos al patriarcado como una forma de organización política, económica, religiosa y social basada en la autoridad y el *leadership* del hombre, también pensamos que en tal sistema masculino de dominación, los hombres son prisioneros y son tan víctimas del sistema patriarcal como lo son las mujeres. El privilegio masculino en este sentido es una trampa y tiene como contrapartida, según Pierre Bourdieu, la tensión permanente y la contención que impone en cada hombre el deber de afirmar en todo momento y en cualquier circunstancia su virilidad.

En la cúspide de la jerarquía de la masculinidad se encuentra el hombre blanco, occidental, heterosexual, joven, viril, el jefe de familia cuya autoridad es incuestionable... Pero, ¿qué pasa con los hombres viejos, pobres, enfermos homosexuales, de otras razas...?

En segundo lugar, definiremos el concepto de masculinidad. Utilizamos el concepto "masculinidad" en lugar de "masculinidades" porque nos referiremos a la masculinidad hegemónica que en nuestro caso es la patriarcal. Somos conscientes, sin embargo, de que hay múltiples concepciones de dicha masculinidad, porque es un concepto construido en el seno de una cultura y por consiguiente atiende a variantes históricas, políticas y socio-culturales.

La masculinidad definida por el diccionario de la Real Academia Española es "lo que es propio exclusivamente del varón". Lo masculino es, en el diccionario: "Dícese del ser que está dotado de órganos para fecundar. Varonil, enérgico"³. Mientras que lo femenino es "el ser dotado de órganos para ser fecundado. Débil, endeble. Estado anormal del varón en el que aparecen uno o varios caracteres sexuales femeninos"⁴. Las personas afeminadas: "Dícese del que en su persona, modo de hablar, adornos o acciones se parece a las mujeres"⁵. Como se puede observar todas estas definiciones son indisociables del cuerpo (y por extensión del sexo).

Para intentar redefinir la masculinidad de manera más pertinente partiremos de la afirmación propuesta por Àngels Carabí según la cual siempre se piensa en "negativo": "lo masculino es 'aquello que no es' ni femenino, ni étnico, ni homosexual"⁶. Para completar esta idea nos parece interesante la aportación de Valcuende del Río: "La identidad masculina tradicional reposa en tres pilares: insolidaridad, misoginia y homofobia. Estas tres características son consecuencia de tres negaciones: "no soy un bebé", "no soy una mujer" y "no quiero a otros varones ni quiero que otros varones me quieran"⁷.

La ideología hegemónica de la masculinidad se construye a base de oposiciones duales organizadas jerárquicamente, como es habitual en la cultura patriarcal. Dicha ideología dicotómica y posicional tiene como consecuencia la desigualdad que coloca en

posición de inferioridad a las mujeres (y a lo femenino), porque perpetúa la producción o, mejor dicho, re-producción de esas identidades, de manera que las masculinas sean dominantes e independientes y las femeninas frágiles y dependientes.

Luis Bonino, en su artículo "Varones, Género y salud mental: reconstruyendo la 'normalidad' masculina"⁸ recoge lo que los psicólogos norteamericanos Brannon y David en 1976 llamaron "los cuatro imperativos que definen la masculinidad hegemónica" (lo que en el estudio que nos ocupa podríamos denominar la esencia de la mascarada de la masculinidad) que reproducimos a continuación:

-No tener nada de mujer (no Sissy staff). Ser varón supone no tener ninguna de las características que la cultura atribuye a las mujeres, que se viven como inferiores (ser para otros, pasividad, vulnerabilidad, emocionalidad, dulzura, cuidado hacia los otros...). Lo deseado/temido que aquí se juega es el opuesto macho/maricón, con su derivado hetero/homosexual.

-Ser importante (the big wheel). Ser varón se sostiene en el poder y la potencia, y se mide por el éxito, la superioridad sobre las personas, la competitividad, el estatus, la capacidad de ser proveedor, la propiedad de la razón y la admiración que se logra de los demás. Se juegan aquí en lo deseado/temido las oposiciones potente/impotente, exitoso/fracasado, dominante/dominado y admirado/ despreciado.

-Ser un hombre duro (the sturdy oak). La masculinidad se sostiene en la capacidad de sentirse calmo e impasible, ser autoconfiado, resistente y autosuficiente ocultando (se) sus emociones, y estar dispuesto a soportar a los otros. ¡Los hombres no lloran!, ¡no necesitan a nadie!, o ¡el cuerpo aguanta! derivan de este imperativo. Fuerte/débil o duro/blando son aquí los opuestos deseados/temidos.

-Mandar a todos al demonio (give'em hell). La hombría depende de la agresividad y la audacia y se expresa a través de la fuerza, el coraje, el enfrentarse a riesgos, la habilidad para protegerse, el hacer lo que venga en gana y el utilizar la violencia como modo de resolver conflictos. Los pares opuestos deseados/temidos son aquí valiente/cobarde y fuerte-agresivo-débil⁹.

Luis Bonino añade un quinto imperativo que toma de Marques y Osborne¹⁰ consistente en: "Respetar la jerarquía y la norma: La masculinidad se sostiene en el no cuestionamiento de sí, de las normas y de los ideales grupales. Lo deseado/temido es, desde esta creencia, pertenecer/no pertenecer a un grupo (de varones), ya que ellos (y no las mujeres) son los que avalan con su aplauso la masculinidad"¹¹.

Tal clasificación nos parece extremadamente interesante por lo operativa: los mandatos que contiene derivan de las principales matrices de la masculinidad. Debemos

añadir que tales mandatos forman parte de la lógica patriarcal del todo o nada, mediante la cual el no cumplimiento de uno de los ideales arrastra al incumplidor a su extremo opuesto (del ideal deseado al temido), sin ningún tipo de término medio ni matización.

La crisis de la masculinidad patriarcal

Partimos de la afirmación de que en las obras de M. Puig se nos presentan algunos personajes que sufren las graves consecuencias negativas que tiene ese sistema para el “hombre” como persona y como miembro de una sociedad concreta. Es más que evidente el coste que el sexismo significa para las mujeres, los homosexuales, los *queer* y marginados en general, pero es momento de que el hombre empiece a implicarse en la lucha por la igualdad.

Utilizaremos el concepto de “identidad masculina” en lugar de masculinidad como opción política, y como respuesta al hecho de que tampoco se habla de feminidad al hablar de la “identidad femenina”.

A nivel social, colectivo, cada grupo tendrá una identidad diferente: la identidad masculina será la respuesta que los hombres darán a las expectativas sociales de género. Pero en realidad solo puede hacerse de manera individual, es decir, son respuestas individuales a expectativas sociales. Cada hombre dará una respuesta diferente en función de su realidad biológica, genética, psicológica, familiar... en relación con el marco social que lo acoja.

La identidad masculina tradicional comporta elevados beneficios para los hombres como colectivo. Resulta evidente que el poder, la economía, el mundo público y el mundo simbólico –representado por el lenguaje– son básicamente espacios de dominio masculino. Estos son ámbitos que explicitan cómo la identidad masculina implica unos beneficios evidentes para los hombres. Por tanto, parecería lógico concluir que resulta difícil que los hombres se impliquen en un empleo de redefinición de esta masculinidad.

Pero si observamos la identidad masculina tradicional más de cerca veremos que sus características no son, ni de lejos, una opción adaptativa racional en el momento histórico actual. Por tanto, las posibilidades de generar un movimiento de redefinición de la masculinidad son elevadas si conseguimos hacer entender a la sociedad los beneficios que se obtendrían.

Es evidente que el camino hacia la construcción de la identidad masculina pasa por diferentes caminos según el origen cultural. Esto quiere decir que debemos tener en cuenta los factores sociales, culturales y económicos de cada sociedad. Salvando las diferencias

culturales, las sociedades cristiano-occidentales comparten una serie de mandamientos que los hombres han de cumplir si quieren conseguir el estatus masculino adulto y abandonar el espacio infantil.

Puesto que está fuera de nuestras posibilidades analizar las múltiples facetas de las subjetividades masculinas, hemos escogido como eje central para nuestro análisis el concepto de “machismo” ya que es una constante en la obra de Manuel Puig. En la entrevista que le hizo Kathleen Wheaton, para *The Paris Review*, Puig señala que: “*He doesn't question machismo, while machismo for me is the basic question of my existence*”¹² (“el machismo es la cuestión básica de mi existencia”).

Redefiniendo el concepto de machismo

Definamos el vocablo machismo atendiendo a dos conocidos diccionarios. El Diccionario de la lengua española de la Real Academia Española nos ofrece la siguiente explicación breve de la noción del machismo: “Actitud de prepotencia de los varones respecto de las mujeres”¹³. La definición del Gran Diccionario del Uso del Español Actual define el machismo de manera más o menos similar: “Conjunto de creencias y actitudes de quien considera que las cualidades del hombre son superiores a las de la mujer, para mantener así la prepotencia frente a ella o minusvalorarla”¹⁴.

Estamos de acuerdo con la socióloga Martha Zapata en que “el machismo no se considera como una forma auténtica de masculinidad en sí misma, sino que es el resultado de una combinación de elementos históricos, sociales y culturales muy diversos”¹⁵.

Uno de los puntos de fuga que Manuel Puig detecta en la construcción socio-cultural es que a partir del fenómeno de la reificación que convierte la identidad masculina en dominante, consideramos erróneamente que solo hay una versión posible, única, hegemónica y normal. Tal y como afirma Carlos Lomas:

[...] esta manera de ser hombre se ha convertido en “natura” (“los hombres son así”) y el resultado es que invisibiliza el poder de los hombres sobre las mujeres y de algunos hombres sobre otros hombres. Esta invisibilidad permite las relaciones de poder, y al mismo tiempo, las reproduce gracias a la dinámica del no existente¹⁶.

Otras consecuencias de la reificación es que la sociedad occidental separa a los seres humanos en dos y solo dos categorías estables y no intercomunicadas: la categoría mujer y la categoría hombre. Y la existencia de intergéneros o de personas no definidas no está contemplada. A causa de la reificación se invisibiliza tal construcción. El sexismo es

inconsciente, pero las novelas de Puig incorporan personajes que lo desinvisibilizan, que activan la posibilidad de otros constructos.

Las novelas de Puig parten de una versión dominante de la identidad masculina que, más que ser una esencia, constituye una ideología de poder, una dominación simbólica, un mundo de significados donde un cierto estilo de hombre está en el centro. Es decir, el androcentrismo (la situación central del hombre como masculino) como medida y referencia de todas las cosas es el punto básico que define la identidad masculina. Veremos en los personajes del relato que no existe una forma única y excluyente de ser hombre, sino una multitud diversa en función del grupo social, de la edad, de la ideología y las creencias; de la raza, el capital cultural, el status socioeconómico, la orientación sexual, el estilo de vida, etc. Pueden existir otros modelos de masculinidad diferentes a la hegemónica, pero estarán subordinados a la identidad masculina tradicional y tendrán un valor social muy inferior como ideales masculinos.

Puesto que la heterosexualidad forzada establece una oposición entre el hombre y la mujer, considerándose como la única relación normal, otras relaciones se excluyen automáticamente y no son admitidas. Además, la relación entre un hombre y una mujer nunca es equilibrada, puesto que el falocentrismo le quita a la mujer su propia identidad, quedando su papel reducido, básicamente, a reflejar la identidad masculina. Lo que ocurre entonces es la discriminación de la mujer, que permanece subordinada a la posición del hombre. El poder del hombre no se reconoce sin la existencia del antagonismo hombre-mujer.

El hombre se somete a unos deberes y obligaciones y se supone que va a adquirir ciertas disposiciones. Por ello siente la necesidad de buscar la presencia de otros hombres para poder competir con ellos. Martha Galindo Zapata habla de luchas simbólicas entre hombres, “juegos de honor”¹⁷ de los cuales las mujeres son apartadas.

Galindo Zapata sigue las observaciones del sociólogo Robert W. Connell, que en su estudio *Der gemachte Mann. Konstruktion von Männlichkeiten* (1999) establece cuatro tipos de masculinidad o paradigmas de comportamiento desarrollados históricamente: la masculinidad hegemónica, la subordinada, la cómplice, y la marginalizada. De estas cuatro, es la hegemónica la que mejor se puede relacionar con el machismo, dado que se basa en:

[...] la dominación de los hombres y la subordinación de las mujeres. Prescribe la heterosexualidad forzada como constituyente de la identidad de género y de la práctica en función del género; y posee el monopolio de violencia¹⁸.

La tipología subordinada se refiere a la masculinidad homosexual e incluye algunas características del primer tipo. No obstante, los homosexuales suelen ser calificados como “femeninos” por el hombre tradicional.

La mayoría de los hombres pertenecen a la masculinidad cómplice que se caracteriza por beneficiarse de las ventajas establecidas por el hombre tradicional, lo que refuerza la actitud machista en la sociedad. Al último tipo, el del hombre de masculinidad marginal, pertenecen los hombres de clases sociales bajas o de grupos étnicos. Este tipo “también sostiene el poder de la masculinidad hegemonal”¹⁹.

A este respecto, es evidente que podemos aplicar a las identidades masculinas el término de *violencia simbólica* acuñado por Bourdieu, para expresar cómo las ideologías hegemónicas ejercen su poder simbólico sobre la realidad. Esta violencia es

[...] amortiguada, insensible, e invisible para sus propias víctimas, y se ejerce esencialmente a través de los caminos puramente simbólicos de la comunicación y del conocimiento, o más exactamente del desconocimiento, del reconocimiento, o en último término del sentimiento²⁰.

La violencia simbólica tiene un poder muy superior al de la violencia física, y su objetivo es el mantenimiento y la reproducción del orden social. La principal característica de esta violencia es que se ejerce sobre los individuos con su complicidad, y gracias a su desconocimiento, porque no perciben la violencia como tal. Esto sucede, por ejemplo, con las mujeres misóginas que no perciben el odio a su propio género como algo impuesto desde una cultura patriarcal.

De lo dicho se desprende que lo que se considera como el significado de la palabra “macho” en general es, de hecho, su antítesis. Sin embargo, en el presente estudio, tendremos en cuenta ambos puntos de vista, tanto con el positivo como con el negativo, aunque la perspectiva negativa es la que, generalmente, quiere destacar Manuel Puig.

Seguidamente vamos a dedicarnos al machismo desde varios puntos de vista, centrándonos primero en la relación entre un macho y otras personas (mujeres, hijos, homosexuales).

El machismo en Coronel Vallejos

Las dos primeras novelas de Manuel Puig constituyen lo que Jorgelina Corbatta bautizó como “ciclo Coronel Vallejos”²¹, al estar ambientadas en un pueblo perdido de la Pampa argentina que, sin lugar a dudas, es trasunto del pueblo natal del autor (General Villegas). Ambas son la cristalización de una rebelión contra el autoritarismo que le tocó vivir en el microcosmos (familia, pueblo) de su infancia. “Puig ha dicho: en *La traición de Rita Hayworth*

y *Boquitas Pintadas* cuento historias realmente ocurridas. El porcentaje de imaginación es pequeño”²².

La novela que nos ocupa es la segunda obra de Manuel Puig: la acción de *Boquitas Pintadas*²³ se desarrolla entre los años treinta y sesenta del siglo XX. Esta obra contiene dieciséis capítulos, o mejor dicho *entregas*, puesto que es subtitulada “*folletín*” por el autor. Cada entrega empieza por un epígrafe que es siempre una cita de boleros o tangos; la mayoría de los segundos han sido escritos por el letrista Alfredo Le Pera. Éstos ayudan a crear una atmósfera de folletín al anticipar con una canción cada entrega, otorgándole significación melodramática. Protagonizada por el personaje Juan Carlos Etchepare, la novela narra varias historias de amor, pasión y traición como corresponde al género designado.

Manuel Puig recurre a varias técnicas narrativas y materiales disímiles. La novela incluye monólogos interiores, sueños, segmentos de flujo de conciencia así como cartas, extractos de diarios, artículos de revistas y periódicos y documentos oficiales.

No se trata de un folletín verdadero, puesto que las entregas no están ritmadas por los períodos de espera y curiosidad sobre cómo va a continuar la historia. El texto tiene carácter fragmentario debido a la variedad de registros utilizados, y la tarea del lector es la de componer la historia.

El personaje central es Juan Carlos, que resucita el mito de Don Juan por ser un mujeriego que no respeta las leyes y estar dispuesto a erigir su deseo en ley. Como Don Juan, es castigado por sus pecados con una muerte prematura. Durante su vida es amado por varias mujeres, imitado por los hombres y venerado y defendido por su madre y por su hermana.

Pancho, el amigo de Juan Carlos, comparte algunas de sus características. Seduce a Raba, una mujer pobre llena de ideales, pero se niega a reconocer que él es el padre de su hijo. Después de abandonarla seduce a Mabel, la antigua amante de Juan Carlos. Al final muere, asesinado por Raba a puñaladas; es decir, también recibe un castigo por sus pecados.

Los personajes femeninos más importantes son Nené y Mabel. Nené es una chica de clase media que nunca sucumbe a la seducción de Juan Carlos, esperando en vano lograr así su amor. Se casa con otro por razones económicas pero no es feliz y sigue amando a Juan Carlos. Mabel pertenece a la clase alta y es amante de Juan Carlos y Pancho.

Tenemos como propósito enfocar algunos factores que, en nuestra opinión, no deberían omitirse en relación con el machismo y la obra de Manuel Puig. En las dos novelas arriba mencionadas, podemos observar el desarrollo de la idea del machismo a través de la

relación que éste tiene con otras realidades. Hablando en concreto, el macho suele demostrar su dominación ejerciendo su poder sobre la mujer inferior. La coexistencia del machismo y del marianismo se basa en la mutua simbiosis, ya que uno apoya al otro y uno sin el otro no se puede realizar plenamente.

En primer lugar analizamos uno de los rasgos básicos del machismo como tal: “la doble moral” que significa que cierta conducta se considere aceptable en un grupo y se condene o no se admita en otro. En nuestro caso se tratará de hombres y mujeres que se someten a diferentes reglas: lo que se concibe como normal para los hombres no es aceptable para las mujeres y viceversa.

La doble moral se sustenta en la base de que las mujeres han de ser fieles a sus parejas masculinas, pero no a la inversa; socialmente es mucho más perdonable el adulterio masculino (lo que se denomina “echar una canita al aire”), que el femenino, penalizado con la muerte en muchas sociedades, motivo de escándalo y marginación social en muchas otras.

En *Boquitas Pintadas* la doble moral trabajada principalmente por Puig se centra en la fidelidad dentro de la pareja. Se supone que las mujeres serán fieles a sus novios y no tendrán ninguna experiencia sexual antes de casarse, mientras que a los hombres la infidelidad se les tolera. Juan Carlos, el don Juan de *Boquitas Pintadas*, suele tener varias novias o amantes a la vez y no se esfuerza mucho por ocultarlo, por lo cual sus mujeres saben una de la otra. A pesar de que esta situación no les gusta no intentan persuadir a Juan Carlos que abandone a las demás, que deje de cortejar a otras mujeres. Cuando en un momento dado Nené le reprocha a Juan Carlos tener en el bolso un pañuelo de otra mujer, él le responde que “es varón y tiene que vivir”²⁴. A saber, que siendo hombre tiene derecho a disfrutar de la vida como quiera, sin tomar en cuenta las posibles consecuencias. Juan Carlos exige una fidelidad absoluta y es precisamente ésta la razón por la que Nené nunca sucumbe a sus tentaciones.

En una de las cartas amorosas que Juan Carlos le envía desde el sanatorio en el que está convaleciente insiste fuertemente en imponer fidelidad absoluta de Nené diciéndole: “No, de veras, yo no sé perdonar una jugada sucia, de eso no te olvides nunca”²⁵. La misma carta la envía Juan Carlos con otras dos, una a la familia y otra “dirigida a otra señorita”²⁶ es decir exige la fidelidad absoluta de Nené pero al mismo tiempo él mismo envía dos cartas amorosas a dos mujeres, las relaciones interpersonales.

En *Boquitas Pintadas* hay tres hombres que pueden caracterizarse como mujeriegos: Juan Carlos, su amigo Pancho y el doctor Aschero. Se trata de tres personajes bastante diferentes en cuanto a su posición social, edad, aspecto y estado civil; no obstante,

comparten la costumbre de burlarse de las mujeres. Dos veces se mencionan los tres dentro de un contexto (aunque nunca se encuentren), lo que insinúa una conexión entre ellos, ya que en ambos casos se habla del aprovechamiento de las mujeres. En uno de los dos casos, Raba, la sirvienta del doctor Aschero, habla con Nené:

- No seas sonsa, Raba, me enoja si decís esas cosas. Lo que sí cuando vengas te voy a decir unas cuantas sobre ese sinvergüenza.

- ¿Quién, Juan Carlos? ¿o el doctor Aschero?.

- No, el sinvergüenza que te encajó un hijo [Pancho]²⁷.

La idea de que los hombres no lloran y no tienen miedo y que en general controlan muy bien sus emociones, a diferencia de las mujeres que en esencia son sentimentales, es uno de los motivos de la doble moral, antes expuesta.

El machismo suele asociarse con la agresividad, consecuencia de la cuarta característica definitoria de la masculinidad propuesta por Brannon y David, que puede desahogarse de diversas maneras. La agresividad va de la mano de la elusión del miedo y las lágrimas, antes referida, en muchos casos se debe a la inseguridad y el complejo de inferioridad, tema que vamos a estudiar en el siguiente capítulo. La conducta agresiva se manifiesta también en el lenguaje que emplea Puig en sus novelas, en concreto en las palabrotas de las que se sirven los machos, sobre todo hablando de las mujeres.

Leyendo sus cartas advertimos algunos errores ortográficos y en varias ocasiones nos llama la atención su falta de inteligencia ("Este parrafeo lo he puesto igual en todas las cartas, porque si no se me va a acalambrar el cerebro de tanto pensar"²⁸). Su única ambición o destino son los gozos materiales:

Juan Carlos le preguntó si por seguir viviendo se avendría a no tener más mujeres, a no tomar y a no fumar. [...] Pancho no contestó. Juan Carlos le iba a decir [...] que si tenía que renunciar a vivir como los sanos prefería morir²⁹.

Percibimos su irresponsabilidad absoluta por lo que respecta a sus promesas, el dinero y su modo de vivir en general. Las promesas que les hace a las mujeres nunca se cumplen, ya que solamente las inventa para lograr seducirlas. En este punto coincide con otro burlador mencionado antes, Pancho, que le promete a Raba que nunca la va a abandonar y luego la evita cuando se queda sola con un hijo³⁰. Juan Carlos no dispone de mucho dinero y lo poco que tiene lo pierde en juegos de dados, como nos informa su doctor en una carta dirigida a su colega: "el muchacho nunca le dio un centavo de su sueldo para la casa», es decir a su madre con la que comparte el hogar"³¹. Es más, Juan Carlos no vacila en aprovecharse de sus relaciones amorosas para ganarse una mejor vida. Su actitud calculadora se manifiesta

cada vez que se presenta una oportunidad de obtener un mejor empleo: “ni bien consiguiera lo que ambicionaba, se acabaría Nené [...] Mabel le había prometido convencer al inglés para que lo tomara como administrador [...] Lo importante era que Mabel sintiera celos y no se olvidara del favor que debía hacerle”³². Otra amante suya le sirve como fuente de ingresos, de lo cual nos enteramos al final de la novela, cuando la mujer se arrepiente de haberle dado a Juan Carlos no solo su propio dinero sino también el de su hija: “pero tirar lo de mi nena ni yo me lo perdono [...] ¿por qué le hice caso de hipotecar lo que era también de la nena?”³³.

Tenemos aquí un claro ejemplo de cómo funcionan los mecanismos de seducción de estos burladores que manipulan no solo los códigos simbólicos del cine a su conveniencia sino también a estas mujeres que se construyen en base al ideario del amor romántico fraguado en Hollywood. Su éxito radica en crear la ilusión de que su vida es semejante a la de las películas que quieren espejear. Jugando con el lenguaje y los estereotipos heterosexuales consiguen atraparlas en sus redes con el único objetivo de obtener placer. Una vez conseguido este objetivo estas escenas viran al abuso y a la cobardía.

Hemos visto que la inseguridad personal suele relacionarse con la conducta agresiva, la falta de ambición o de inteligencia y muy a menudo con la irresponsabilidad. Junto a las características machistas negativas esbozadas, Puig en novelas posteriores volverá a emplear los mismos motivos y los mismos prototipos de personajes insistiendo de esta manera en la reflexión sobre las posiciones de hombres y mujeres en la sociedad argentina, llamando la atención sobre los defectos que tiene el sistema establecido.

Tal y como hemos podido constatar en las novelas pertenecientes al ciclo coronel Vallejos y más concretamente en *Boquitas Pintadas*, la estructuración del universo patriarcal revela que los preceptos moralizadores del discurso hegemónico de la masculinidad siguen otorgando toda una serie de privilegios al “hombre”. Fragilizar esta masculinidad, tal y como es expuesta, tiene como consecuencia la apertura de fisuras para que otras voces “marginales” (y no solamente aquellas que lo son por la lógica heterosexual) cuestionen su primacía y la legitimidad de la hegemonía blanca, masculinista, económicamente más favorecida y heterosexual. Admitir la existencia de los márgenes, ocupando un lugar otro en el que se privilegie la diferencia, abre un espacio para que el edificio retórico construido con vistas a naturalizar la heterosexualidad como la única expresión sexual legítima comience a ser desmantelado a través del discurso ficcional.

En este sentido nos parece necesario defender la escritura como un espacio de libertad. Tanto lo social como lo histórico intervienen en los procesos de significación del

texto literario, lo literario interviene en lo histórico y en lo social. Si lo social está implicado en lo literario, el lenguaje literario sirve como lugar de subversión política de resistencia, en el cual la masculinidad normativa puede ser contestada o subvertida.

Es necesario romper con la autorreferencialidad del patriarcado, simplemente porque está caduca. En la última década los varones han emprendido el camino para la creación de nuevas sexualidades antisexistas, antirracistas y antihomofóbicas en busca de lo que llamaría una nueva masculinidad. Ya no se ve el cambio como una pérdida de poder y se empieza a trabajar sobre la empatía con el otro (mujeres, gays, homosexuales...). Puesto que los constructos sociopolíticos no son estáticos sino perfectibles. La redefinición de nuevas subjetividades haría bascular todo el sistema relacional sobre el que se mantiene el poder patriarcal capitalista mediante un sistema de tensiones múltiples. Y como consecuencia la "Norma" aplicada por la sociedad disciplinaria perdería poder a favor de la libre evolución del individuo, de una identidad cambiante y sin esencias que -posiblemente- nos haría a todos mucho más libres.

NOTAS

¹ RIVIERE, Joan, « *La féminité en tant que mascarade* ". En: I.J.P., X., 303-313, 1929 – La Psychanalyse n°7: *La sexualité féminine*. Traduit de l'anglais par V. Sirmnoff.

² *Op. Cit.*, p. 310.

³ DRAE, <http://lema.rae.es/drae/?val=masculino>. Consultado el 12/06/2015.

⁴ DRAE, <http://lema.rae.es/drae/?val=femenino>. Consultado el 12/06/2015.

⁵ DRAE, <http://lema.rae.es/drae/?val=afeminado> . Consultado el 12/06/2015.

⁶ SEGARRA, Marta, CARABÍ, Àngels (eds.), *Nuevas masculinidades*, Barcelona, Icaria, 2000, p. 8.

⁷ VALCUENDE DEL RÍO, José María, BLANCO LÓPEZ, Juan, *Hombres. La construcción cultural de las masculinidades*, Madrid, Talasa, 2003, p. 19.

⁸ BONINO, Luis, "Varones, Género y salud mental: reconstruyendo la «normalidad» masculina" (pp. 41-63). En: SEGARRA, Marta, CARABÍ, Àngels (eds.), *Nuevas masculinidades*, Barcelona, Icaria, 2000, p. 48.

⁸ *Op. cit.*, pp. 48-49.

⁹ *Ibidem*, pp. 48-49.

¹⁰ MARQUES, J.V., OSBORNE, Raquel, *Sexualidad y sexismo*, Madrid, Fundación Universidad Empresa, 1991.

¹¹ BONINO, Luis, *op. cit.*, p. 49.

¹² WHEATON, Kathleen, "Interviewed: Manuel Puig, the Art of Fiction". En: *The Paris Review*, n° 114, sin paginación. <http://www.theparisreview.org/interviews/2368/the-art-of-fiction-no-114-manuel-puig>. Consultado 12/09/16.

¹³ *Diccionario de la lengua española*, Real Academia Española, Madrid, 1992, p. 1560.

¹⁴ SÁNCHEZ, Aquilino, *Gran Diccionario de Uso del Español Actual*, Madrid, Sociedad General Española de Librería, 2001, p. 1330.

¹⁵ ZAPATA GALINDO, Martha, "Más allá del machismo, la construcción de masculinidades". En: HELFRICH, Silke, *Género, feminismo y masculinidad en América Latina*, El Salvador, Ediciones Böll, 2001, pp. 226-227.

-
- ¹⁶ GARCÍA CORTÉS, José Miguel, citado por LOMAS, Carlos, *Los chicos también lloran. Identidades masculinas, igualdad entre los sexos y coeducación*, Barcelona, Paidós, 2003, p. 16.
- ¹⁷ ZAPATA GALINDO, Marta, *op. cit.*, p.3.
- ¹⁸ *Ibidem*, p.232.
- ¹⁹ *Ibidem*, p. 233.
- ²⁰ BOURDIEU, Pierre, *La dominación masculina*, Barcelona, Anagrama, 2000, pp. 11-12.
- ²¹ CORBATA, Jorgelina, *Mito personal y mitos colectivos en las novelas de Manuel Puig*, Madrid, Orígenes, 1988, p. 45.
- ²² "Manuel Puig: El talento, ¿expresión de humildad?". En: *Clarín*, Buenos Aires, 11 de septiembre, 1969. Citado en: GARCÍA RAMOS, Juan Manuel, *op.cit.*, p. 124.
- ²³ PUIG, Manuel, *Boquitas pintadas*, Barcelona, Seix Barral, 2002.
- ²⁴ *Op. cit.*, p. 35.
- ²⁵ *Ibidem*, p. 108.
- ²⁶ *Ibidem*, p.109.
- ²⁷ *Ibidem*, p. 156.
- ²⁸ *Ibidem*, p.107.
- ²⁹ *Ibidem*, p. 127
- ³⁰ *Ibidem*, p.175.
- ³¹ *Ibidem*, p.105.
- ³² *Ibidem*, p.81.
- ³³ *Ibidem*, p.229.

©2017 Jordi Medel-Bao & Graat On-Line